

El placer (español) por la tertulia

► MERCEDES PESCADOR

Muchos de nosotros encontramos en esta forma de comunicación, la tertulia, un remedio contra la nostalgia de aquella conversación espontánea en mitad de la plaza del pueblo. La soledad con la que a menudo nos castiga el ambiente impersonal de lo urbano, retratado en *Viejas Historias de Castilla La Vieja*, necesita remedios. ¿Quién no desea compartir, conocer a través del otro y ganarse la confianza de unos cuantos por el camino?

¿Qué ejecutivo o profesional no desearía charlar abiertamente con su cliente, consumidor o prescriptor tomándose unas uvas o un café con total confianza? Cualquier organización conoce la importancia de orientar sus estrategias y su marketing para acercarse a sus públicos. Sin embargo, a pesar de las ventajas sugeridas de esta forma de comunicación tan antigua, la tertulia es muy poco frecuente en el mundo de los negocios. A veces se usa indebidamente el término (probablemente por sus connotaciones de amistad y entretenimiento) para denominar lo que en realidad es una conferencia, un foro o un debate meticulosamente previsto; pero lo cierto es que las organizaciones, empresariales o de otra índole, no suelen invitar a la conversación espontánea. Ansian el diálogo distendido, pero no siempre lo promueven.

En realidad, la tertulia- por lo que tiene de envite a la libertad- puede resultar una fórmula difícil de llevar a la

práctica en las empresas, donde la palabra sigue un orden (a veces definido como "cultura de empresa", lo políticamente correcto) y responde a un plan concreto. Pero cuando se pone en marcha es probablemente la manera más efectiva para crear lazos, conocerse y conocer. Las empresas están empezando a darse cuenta y ya existen muchas que favorecen este

“¿Qué ejecutivo o profesional no desearía charlar abiertamente con su cliente tomándose unas uvas o un café con total confianza?”

tipo de encuentros para acercarse a sus públicos a través de la palabra sincera y sin fisuras.

Tal vez el reciente fenómeno de los weblogs- diarios personales en Internet donde cada cual dice lo que le parece sin libro de estilo ni guión previo- y el resurgimiento de la tertulia como forma de comunicación respondan a lo mismo: a esa necesidad de ser libre y al mismo tiempo social a través de la palabra. Si esto nos acerca al fin más importante de toda empresa que es conseguir la confianza y el afecto de sus públicos, ¿por qué no aplicar entonces estas fórmulas en el ámbito laboral?

Desde hace años, Medialuna Comunicación celebra tertulias con clientes, proveedores, periodistas y amigos. Creo que esta actividad, sin pacto

ni comisión alguna, nos ayuda a estar más cerca de todos ellos. A quererlos más y a ser más apreciados.

La primera tertulia de Medialuna Comunicación (llamada años después la tertulia de las uvas) tuvo lugar a principios de 2000 con un pequeño grupo de profesionales del sector de la Comunicación, el Marketing, las

Relaciones Públicas y la gestión empresarial. Muchos de estos contertulios seguimos desayunando juntos cada mes, compartiendo ideas, opiniones y experiencias sobre asuntos variopintos: el ruido, las cartas, cómo enemistarse con la prensa, las virtudes y desventajas de Internet, callarse o hablar en crisis, el silencio....temas, unas veces profundos, otras livianos, comunes o dispares que permiten encontrarse y dialogar sin guión preestablecido.

Este boletín es un homenaje a todos ellos, nuestros tertulianos. El texto que sigue a continuación, escrito por un sabio amigo periodista bajo el seudónimo de LIBERTAD, describe brillantemente este *placer (español) por la tertulia y sus orígenes*. Que disfruten también de su lectura y que sigan conversando.



¿Necesita un plan?

Una vieja fórmula de comunicación aplicada al ámbito empresarial. Análisis de temáticas, audiencias y entorno y dinámica para crear su propio espacio de comunicación. Asesoría profesional en Medialuna Comunicación para desarrollar su propio plan de tertulias.

Tfno. 91 567 01 72

Esas entrañable forma de comunicarse



► LIBERTAD

Empecemos por el principio, como Alicia en el país de las maravillas. Habla bien quien habla mucho, como escribe bien quien practica mucho. También escribe bien quien lee mucho. El pensamiento es como el resto del cuerpo: se desarrolla con el ejercicio. Se aprende a pensar, se aprende a leer, se aprende a hablar (y se aprende a callar). Por todo ello, he aquí este apasionado elogio de las tertulias.

La tertulia es una palabra y un concepto español. En francés, por ejemplo, no existe manera de explicar qué es una tertulia, ni un tertuliano, como si allí no hubiera burgueses con tiempo para hablar y discutir mientras toman café en el casino o en una rebotica. La tertulia, como la tortilla de patatas, es un invento español. En Francia (ni en Italia, ni en el Reino Unido) no existe el verbo tertuliar, y la tertulia no es más que *une réunion pour converser* o *pour s'amuser*, para entretenerse. Tertuliano en Francia es un señor llamado Tertuliano, el primero de todos aquel venerable e inteligentísimo teólogo en tiempos, todavía, del imperio

romano. Pero tertuliano en español es, además, alguien que acude y participa en tertulias.

¿Quiere decir esto que en Francia (o en Italia) la gente no se reúne para hablar y discutir, ni pierde el tiempo en conversaciones de café con los amigos o los enemigos? ¡Ca, ni mucho menos! En Francia existieron los salones que tan magistralmente retrató Marcel Proust en

La tertulia, como la tortilla de patatas, es un invento español

su monumental busca del tiempo perdido. Y hubo importantes clubes, el más famoso el Club de los Jacobinos, en el primer París revolucionario, en que Robespierre, dialéctico como pocos, se hizo famoso y poderoso. Y más tarde existieron los cafés donde daban doctrina los existencialistas de Jean Paul Sastre, antes de pelearse con Albert Camus y antes de aquel Mayo del 68 en el que

todos soñaban un amor con Juliette Greco o aprender cuanto Simone de Beauvoir iba a contar más tarde en *El segundo sexo*.

Tertulias, tertulianos... Algunos creen que la tertulia es un invento de la televisión basura, donde reinan, entre otros dialécticos, los hermanos y hermanas Matamoros. Ese fenómeno mediático, que toca a su fin en el formato actual, ha popularizado entre gentes que no la usaban la palabra tertulia. Los que llaman a la televisión o a la radio, por las mañanas, usan la palabra tertuliano para plantear una controversia. Se piensa, por eso, que la tertulia se hace ahora en la radio o en las televisiones, donde van los famosos para opinar sobre el amor y los celos, el odio y la venganza, el suicidio o la droga, el luto o cosas así.

Divino y humano

A veces a estas tertulias van los filósofos (Gustavo Bueno, Javier Sádaba, José Antonio Marina...), y dicen cosas sobre lo divino y lo humano que las lleva el viento y las prisas. Nada. Sócrates y

Platón tuvieron la academia, Cicerón el foro, Séneca recibía en su casa... En aquellos tiempos, cuando un filósofo llegaba a Atenas la opinión pública se removía: “¡Ha llegado Protágoras!”. Todo el mundo quería disfrutar de aquellas sabidurías, expresadas con la mejor oratoria, a la manera de los charlistas que llenaron cines y teatros antes del descubrimiento de la mesa camilla con televisión. Fueron tiempos en los que saber hablar (retórica, dialéctica, oratoria) tenía un valor social, y los padres nos ponían como ejemplo contra “la lengua vaga” los sacrificios de Demóstenes, aquel griego que deseaba ser un orador para intervenir en la vida de su ciudad..., pero era tartamudo. Remedio: se colocó piedras en la boca y gritó cada día a la orilla del mar hasta ser capaz de dominar la lengua y tapar el ruido de las olas con la potencia de su voz. Pasó a la historia como un gran orador. Hoy, en cambio, buena parte de los tertulianos no saben hablar, pisotean las consonancias, abusan del dequeísmo, en fin, parecen semianalfabetos. Retórica de periodistas sobrealimentados. Encima, la mayoría de las tertulias de radio o TV travisten, pontifican. No son tertulias, son púlpitos. No opinan; fulminan. No analizan; sentencian. No preguntan; dogmatizan.

Los cafés

No quiero hablar aquí de esas tertulias. Ni interesan ahora esos tertulianos. Tertuliar es otra cosa. Es el retrato de Camilo J. Cela en La colmena; los frescos de Francisco Umbral en La noche que llegué al café Gijón; el perfil de don Ramón (Ramón a secas en España sólo es Ramón Gómez de la Serna, genio de las greguerías, porque don Ramón es don Ramón María de Valle-Inclán) tertuliano sobre los problemas de Galicia o sobre un poema de Francisco de Quevedo; la seriedad castellana de Gerardo Diego midiéndole los endecasílabos a un poeta en ciernes recién llegado de provincias. Tertulias del Gijón, de famosos actores, poetas tristes, pizpiretas estrellas desocupadas, toreros rancios, pintores bohemios, golfos guapos, ebrios fiscales y jueces de baraja. Tertulias del Pombo, del Español, tertulias en cada café de la esquina si te apetece, y tantas, tantas en provincias, famosas.

En una tertulia hay tiempo para todo y para nada. Todo es posible, nada es seguro. Hay horas para el deporte, y horas para la galantería, la política, la economía, o también para la filosofía. Hay una tertulia en Madrid, la citada de Las Bidas, a la que una vez al mes, o así, acude desde Alemania el filósofo Heleno Saña. Esa noche suelen aparecer por allí Schiller, Goethe, Kant, Ortega y

tantos otros, incluso Schopenhauer o el mismísimo (antipático) Heidegger. Esas noches uno se da cuenta de que la filosofía, como la física, no es aburrida si el maestro es sabio y festivo como el bueno de Albert Einstein.

“¿Qué hora es?”, le preguntaron una vez, a altas horas de madrugada, a Ramón. “La hora de amarse”, contestó Ramón poniéndose en pie. Y se fue sin

continúa

Un verso de Quevedo



“Y por epitafio / la sangrienta luna”. Quevedo. Le preguntó una vez la madre de Florentino Negrín a Florentino Negrín, a las tantas de la madrugada, qué podía hacerse en Madrid en invierno a esas horas, y Negrín, tertuliano hoy de la tertulia de José Luis Balbín en el café Las Bidas, y antes de la tertulia de María Asquerino en el

que perder el tiempo, que es la mejor manera de ganarle tiempo al tiempo. Y hay que tener paciencia. Cuando menos se espera salta la liebre, en una tertulia. Anoche fue de lo más aburrida, y se enzarzaron unos cuantos en una discusión sobre fútbol, pero mañana puede brillar la inteligencia y llenarse la reunión de relatos, humor, chispa, genio, diversión, poesía.

Si en una tertulia coinciden (que coincidieron) Paco Rabal, el poeta Ángel González, el cineasta Luis Buñuel y el genio raro de Tip y Coll, prepárate. Nunca se olvida una tertulia como esa. O esta otra, que he leído en una reciente cuasinovela sobre el famosísimo Bocaccio de Barcelona, donde maduró en los últimos sesenta del siglo pasado aquella cosa con plumas que

“En la tertulia hay que perder el tiempo, que es la mejor manera de ganarle tiempo al tiempo”

Bocaccio de Madrid, y aún antes tertuliano en el Café Maite, contestó: “Hoy hemos hablado de un verso de Quevedo”. ¡La madre!

Hay tertulias de mediodía, de media tarde y de madrugada. Nunca hay tertulias por la mañana, que se sepa. La tertulia necesita reposo, aunque no siempre serenidad. En la tertulia hay

conocemos como la *gauche divine* (la izquierda festiva, tan lejos de la izquierda sufrida). Una noche, un charnego epató presentándose abrazado a Ava Gardner, y los aristócratas de aquella cueva estuvieron a punto de disolverse. La historia debería recordarla Juan Marsé, tipo La oscura historia de la prima Montse.

decir palabra. En la tertulia no hay que preguntar por la hora; cuando llega la hora son los camareros los que avisan apagando de tarde en tarde las luces. Esa es la hora. Y en la tertulia hay que saber marcharse, si uno se marcha antes de tiempo. Nada de despedirse, prohibido interrumpir. Uno llega y apenas te dicen hola, porque formas parte del paisaje desde siempre; y cuando marchas, tu ausencia no es ausencia. ¡Mañana es otro día! Sólo si te vas por meses te consentirán una leve interrupción. Sólo si vuelves después de meses, o eres novedad, se permiten las presentaciones o los saludos largos. Y aún, ni así. Los tertulianos odian a los que no saben despedirse, pueden volverse maleducados con las interrupciones pesadas,

“Es charla, libertad bohemia, camaradería, fresca, intercambio de ideas, juego de palabras”

reiterativas. También pierden el quicio con los que, como suele decirse en el argot, “te sacan de la tertulia”, de la conversación. La tertulia fluye, avanza, va y viene de un tema a otro, y un tertuliano se queda colgado hablándote de un tema de hace media hora. ¡Horror, qué fastidio!

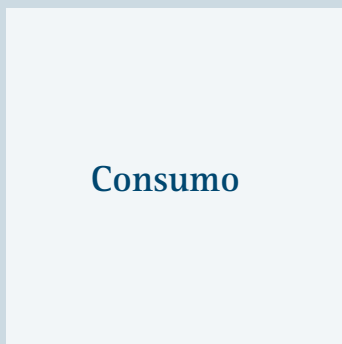
En fin, la tertulia es charla, libertad, bohemia, camaradería, fresca, intercambio de ideas, juego de palabras. Ejercicios de estilo, la mente fresca, el oído atento, la lengua lista, cada día. La tertulia es Quevedo y Ramón, Paco Rabal y Buñuel; Giménez Rico y Balbín, Saña y Javier Vázquez, Coll y Juan Diego, coristas que les rinden admiración, antes María Asquerino, un diputado y dos alcaldes perdidos por Madrid cada semana, periodistas borrachos o que lo parecen, teólogos comecuras, brillantes abogados que celebran una prevaricación judicial, fiscales tromperos, catalanes de paso, la hermosa fauna de Paco Umbral, Joaquín Kremer y Julia Torres, inteligentes consejeras de la Comunidad Valenciana, cantarines argentinos, rara vez millonarios necesitados de cariño, Eva y Alberto, noches nocheras, yo, si tengo tiempo. Nada menos, nada más.



Servicios especializados en Comunicación y Relaciones Públicas en estas áreas:



Corporativo y financiero



Consumo



Salud



Nuevas Tecnologías

